

## Percepción de la realidad en textos coloniales chilenos

JIMENA SEPÚLVEDA

La representación de la tierra chilena en los discursos del primer siglo de la época colonial es nuestra propuesta para abordar la expresión de los sentidos en la literatura hispanoamericana.

En un primer momento, nuestro enfoque se centrará en la figura del conquistador quien, bajo la obligación de dar cuenta de su empresa al monarca irá develando, junto con los mensajes y documentos, declaraciones y comentarios que revelan su interés por conocer la nueva realidad, explicarla y dar razón de los fenómenos que observa en ella.

Diferentes tipologías discursivas como cartas de relación, relaciones, crónicas, relación histórica, comentario, dan origen a una literatura eminentemente histórica, escrita en lengua española, cuyo asunto es el reino de Chile y las acciones realizadas por los españoles en esta tierra.

Los textos a los cuales haremos referencia se inscriben entre 1545 y 1646. Nos referimos a la segunda carta del conquistador Pedro de Valdivia a Carlos V y a la publicación de la *Histórica Relación del Reino de Chile* de Alonso de Ovalle, respectivamente. Consideraremos, además, la obra de Jerónimo de Vivar, *Crónica y relación copiosa y verdadera de los reinos de Chile* (1558) y el poema *La Araucana* de Alonso de Ercilla (1569-1578 y 1589). Todas ellas nos permitirán indagar sobre la forma en que el conquistador, cronista y poeta, aprehende y configura la visión de la naturaleza y el paisaje en sus escritos.<sup>1</sup>

Dichos textos, al estar determinados en su forma genérica por la situación histórica que los origina: descubrimiento y conquista, expresarán, preeminentemente, el sentido de la visión.

---

<sup>1</sup> Remito a las siguientes ediciones: *Cartas de Don Pedro de Valdivia que tratan del Descubrimiento y Conquista de Nueva Extremadura*, Edición facsimilar realizada en conmemoración del Quinto Centenario del Encuentro entre Dos Mundos, transcripción y notas de Mario Ferreccio Podestá, 1991, Ed. Lumen, España, Extremadura, Enclave 92; Gerónimo de Vivar, *Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile* (1558), ed. Leopoldo Sáez-Godoy, Berlín, Colloquium Verlag, 1979 (Bibliotheca Ibero-Americana, Bd. 27); Alonso de Ercilla, *La Araucana*, ed. Marcos A. Morínigo e Isaías Lerner, Madrid, Editorial Castalia, 1991, 2 Vols. (Clásicos Castalia 91-92); Alonso de Ovalle, *Histórica relación del Reyno de Chile y de las misiones y ministerios que ejercita en él la Compañía de Jesus*. Ed. Instituto de Literatura Chilena, Santiago, Ed. Universitaria, 1969 (Serie A Escritores de Chile N° 1).

Esta visión marca el comienzo del encuentro de dos mundos y adquiere, desde nuestra perspectiva, plena significación cuando comprendemos que el conquistador, cronista o poeta, aprehende la realidad desde su particular comprensión del mundo circundante y de su historia personal.

Desde el desértico norte hasta el extremo austral, la naturaleza impacta al sujeto que, ante ese variado espectáculo, resulta sobrepasado en su obligación de cumplir con el deber de informar al lejano destinatario y se entrega a la tarea de recorrerla, conocerla, sentirla y vivirla para desplegar su acción conquistadora y, posteriormente, describirla, "apegado a la verdad".<sup>2</sup>

Los textos seleccionados enuncian una verdad que está avalada por el criterio de verdad de lo visto y lo vivido, cuyo destinatario es un superior jerárquico, por lo general, la figura del príncipe o monarca. Esta situación de comunicación determina el nivel del lenguaje, estilo y modalidad del discurso, ya fijado por la tradición, del lenguaje conversacional del cortesano con su príncipe. Recurrirá por ello al almacén de provisiones que le ofrece la retórica clásica y desplegará el discurso panegírico en la alabanza de la tierra.

Las motivaciones de los sujetos de la enunciación en estos discursos son de variada índole. Servir, en primer lugar, a la corona, ofreciendo el conocimiento del cual carece el destinatario, realizar una probanza de méritos, destacando los servicios desarrollados en la empresa, a fin de obtener la retribución por ellos; requerir mayor ayuda para sostener la empresa de descubrimiento o conquista, en fin, acreditarse como servidores del príncipe.

Entremos en materia con la segunda carta de relación de Pedro de Valdivia dirigida al emperador Carlos V y fechada en La Serena, en 1545. El objetivo de ella es informar al monarca de la empresa de conquista llevada a cabo en los últimos cinco años, disculparse por no haber enviado antes "entera relación", por haber gastado ese tiempo en servir al monarca descubriendo, conquistando, colonizando, pacificando y sustentando esta tierra chilena que quedó tan "mal infamada", luego que el conquistador Diego de Almagro la desamparara. De hecho, sostiene Valdivia, en su discurso, con su acostumbrado lenguaje coloquial, que nadie quería venir a esta tierra y que, como de la pestilencia, huían de ella.

Valdivia pondrá el énfasis de su discurso en destacar los "trabajos" sufridos por él y sus hombres en una empresa de tanto riesgo, por la carencia de recursos y la belicosidad indígena, con el único objeto de servir al monarca, ampliando y sustentando sus territorios. Aspecto medular de la relación será el ensalzamiento de los trabajos realizados, lo que observamos en el siguiente fragmento:

Los trabajos de la guerra, invictísimo César, puédenlos pasar los hombres, porque loor es al soldado morir peleando; pero los de la hambre concurriendo con ellos, para los sufrir, más que hombres han de ser...<sup>3</sup>

---

<sup>2</sup> Sobre las distinciones y caracterización de los tipos discursivos de la literatura histórica, remito al trabajo de Walter Mignolo, "*Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y conquista*", en *Historia de la Literatura Hispanoamericana*. Tomo I Época Colonial, Madrid, Ed. Cátedra, 2º ed. 1992, volumen coordinado por Luis Iñigo Madrigal.

<sup>3</sup> P. De Valdivia, *Cartas*, ed. cit., pág. 68.

Esta afirmación refleja la comprensión de una heroicidad de nuevo cuño, propia de las acciones de conquista, aquella que se logra tanto por la fuerza de la espada, como por el sufrimiento y las tareas realizadas para la sustentación de los españoles y anaconcillas, indios amigos que conforman la hueste del conquistador. Desde esta perspectiva, se justifica y enaltece el trabajo desarrollado por Valdivia y sus hombres, para perseverar en la consecución de su objetivo de conquista y sustentación de la tierra.

Su discurso, eminentemente persuasivo se adscribe al modelo deliberativo, contemplado por la retórica antigua, aportando una variedad de argumentos para convencer al destinatario de la conveniencia, necesidad y éxito de la empresa desarrollada, motivando, con ello, el necesario reconocimiento y acceso a las mercedes por parte del destinatario del discurso. Expresivas, al respecto, son las palabras de Valdivia: ...me hallo merecedor de todas las mercedes que V.M. será servido de me mandar hacer y las que yo en esta carta pediré.<sup>4</sup>

La visión y transformación del paisaje chileno se ajusta a la índole de la acción desarrollada por el conquistador. Es así como, tanto las acciones como la naturaleza resultan hostiles, en el primer momento de su acción conquistadora: los naturales esconden o queman los alimentos, el oro, ovejas, ropa, lana y algodón para que los españoles abandonen la empresa. Pero Valdivia reconstruirá una y otra vez ciudades y fuertes, sembrará y defenderá con sus hombres las sementeras, día y noche, se sustentará precariamente hasta el regreso de Monroy, desde Perú, con la ayuda requerida. Ello y los sacrificios, penurias y trabajos vividos por más de dos años, permitirá transformar esta tierra, de lugar inhóspito, en la mejor del mundo para asentarse y vivir en ella. La necesidad de contar con más hombres que ayuden a la sustentación de las ciudades fundadas a lo largo del territorio justifica la petición de Valdivia al monarca y el despliegue de información sobre la tierra chilena: "...que haga saber a los mercaderes y gentes que se quiere venir a avecindar, que vengan, porque esta tierra es tal, que para poder vivir en ella y perpetuarse no la hay mejor en el mundo; dígolo porque es muy llana, sanísima, de mucho contento; tiene cuatro meses de invierno nomás, que en ellos, sino es cuando hace cuarto la luna, que llueve un día o dos, todos los demás hacen tan lindos soles, que no hay para qué llegarse al fuego. El verano es tan templado y corren tan deleitosos aires, que todo el día se puede el hombre andar al sol, que no le es inoportuno. Es la más abundante de pastos y sementeras, y para darse todo género de ganado y plantas que se puede pintar; mucha y muy linda madera para hacer casas, infinidad otra de ella para el servicio dellas, y las minas riquísimas de oro, y toda la tierra está llena de ello, y donde quieran que quisieren sacarlo, allí hallarán en qué sembrar y con qué edificar, y agua, leña y yerba para sus ganados, que parece la crió Dios aposta para poderlo tener todo a la mano..."<sup>5</sup>.

Estamos ante el primer discurso epidéictico panegírico de la tierra chilena de un hablante que pone en juego los recursos que le ofrece la tradición clásica como son los tópicos de la "tierra de la abundancia", de la "eterna primavera" y del "sobrepujamiento",

---

4 P. De Valdivia, *Cartas*, ed. cit., pág. 65.

5 P. De Valdivia, *Cartas*, ed. cit., pág. 74.

entre otros; utiliza<sup>6</sup> construcciones plurimembres con riqueza de adjetivos calificativos, por lo general, en su forma superlativa.

De la lectura del fragmento transcrito y de su ubicación en el texto, queda en evidencia el sentido meritorio asignado por el conquistador a esta radical transformación de la realidad. El hombre actúa sobre la naturaleza y sobre los naturales, utilizando todas las estrategias persuasivas y de fuerza, para que se inclinen a servir y reconozcan en el emperador a su superior jerárquico. Se incrementa el trabajo esforzado, perseverante, conducente a modificar la visión de una tierra inhóspita, mal infamada y enemiga, con el mejor lugar del mundo, para la acción pacificadora y sustentadora, para la vida, para el progreso de la incipiente sociedad colonial.

Jerónimo de Vivar escribe su *Crónica y relación copiosa y verdadera* en su calidad de conquistador, con el fin de perpetuar las hazañas españolas en unas tierras donde la resistencia indígena se caracterizó por su duración y crueldad. Su obra se adscribe a la historiografía de la fama, puesto que declara su intención de rescatar del olvido las meritorias acciones realizadas por los españoles. El relato de las acciones heroicas se centra en la figura de Pedro de Valdivia, para luego destacar acciones de sus compañeros, contándose el propio Vivar entre ellos. Se propone contar los trabajos, cansancios, hambres y fríos que en la sustentación se pasó y de lo más importante de ello.

Ofrece su obra al Emperador Carlos V como muestra de servicio ya que aspira a que los posibles lectores de su obra tomen modelo de ella y se animen a servir al monarca como lo hizo don Pedro de Valdivia, figura digna de admiración, recuerdo e imitación para el cronista. Si bien el discurso se orienta a la secuencia cronológica de la crónica y al informe o relato de los momentos de la conquista y la relación de las luchas con los araucanos, se observa numerosos momentos discursivos destinados a la mostración del paisaje, a las inclemencias del tiempo, a los fuertes vientos en la zona del desierto, a las bajas temperaturas y, sobre todo, a la búsqueda del alimento, siempre escaso, en tales latitudes.

Este es el ámbito de nuestro rastreo y observación en la búsqueda de la expresión de los sentidos. Para ello, seguiremos en su viaje a Vivar, iremos junto a él descubriendo los paisajes, los climas y regiones, "... temples de tierra y de arboles y de yervas y de rrios tan cavdalosos y de todos los puertos de mar que se descubrieren y en los grados que cada vno está y las batallas que con esos infieles vuiere y de las diferenc'ias de lengua y diferentes traxes y de sus costumbres y rritios y c'irimonias tan diferentes"<sup>7</sup>.

El capítulo X describe la salida de Pedro de Valdivia y sus hombres desde Atacama: "Allegaron a vn río chico que corre poco agua, tanta que de un salto se pasara. Comienc' a a correr a las nueve de la mañana, quando el sol calienta la nieve qu'esta en una rrehoya[...]quando el sol baxa hace sonbra vna alta syerra[...] como le falta el calor del sol, no se derrite la nieve, a cuya causa deja de correr. Sécase este rrío de tal manera y suerte que dizen los yndios —que mal lo entienden— que se buelve el agua arriba a la contra de

6 Para el discurso panegírico ver Ernst Curtius, *Literatura europea y Edad media latina*, México, F.C.E. 1975, 2 Vols. ( Lengua y Estudios Literarios) ( Traducción de Margit Frenk Alatorre y Antonio Alatorre).

7 G. De Vivar, *Crónica*, ed. cit., pág. 4.

cómo ha corrido. Por tanto le llaman los yndios "Anchachulla", que quiere dezir gran mentiroso"<sup>8</sup>. Prosiguiendo su camino, Vivar refiere la historia, en su calidad de protagonista y testigo. La expedición encuentra otro río de singulares características: "Es el agua clarísima. Proc'ede de las nieves. Corre por tierras de grandes metales y veneros de plata y cobre, lo qual yo vi. Es tierra muy esteril, sequisima y salada. Es cosa admirable que en tanto que esta agua corre es clara, como he dicho, y tomada en vaso de plata y de barro sacandola de su corriente se quaja y se haze tan blanca como el papel, luego en aquel momento que la sacan[...] Quando llegamos a ese rrio, aviendo pasado tanta cantidad de tierra y falta de agua, y vimos aquel rrio correr, fuimos toda la gente a rrec'ebir algun rrefresco. Y como los cauillos llegaron deseosos de beuer, pusieron los hoc'icos en el agua, y viendo que en el gusto hera salada, salieron fuera. Y todas aquellas gotas de agua que en las baruas se les pegavan, en aquel momento, antes que se les cayesen en tierra, se les quajuaua y se le hazia sal. Ver a vn cavallo en cada pelo de barua vna gota de sal bien pegada, parec'ian perlas que estuviesen colgadas del hoc'ico"<sup>9</sup>.

Destaca en el texto transcrito, la sorpresa y admiración que provoca en el cronista, la experiencia vivida que expresa la magia y belleza de la realidad descubierta en los salares del desierto de Atacama. La visión de Vivar, sin lugar a dudas, inaugura el sentido de lo real maravilloso en la literatura hispanoamericana.

Numerosos son los momentos descriptivos que destacan por la observación acuciosa de la realidad. Veamos la siguiente referencia al valle de Copiapó, en el capítulo XVII.

Este valle de Copiapó es el pricipio d'esta gouernac'ion de Chile [...] de las syerras nevadas de donde proc'ede, fasta la mar tiene de conpaz las quinze leguas, como tengo dicho. [...] Corre por este valle vn rrio pequeño, que basta rregar sementerias de los naturales que en él ay (que esta sazón avia mill yndios). [...] En este valle no llueve, syno ay aquellas neblinas, que ya tengo dicho, quando es el ynvierno.

Dase maiz, e tan grandes e gruesas las cañas, que ninguna provinc'ia de las que yo e visto y andado no e visto darse tan bien como en este valle [...] Danse frisoles e papas e quinoa ( qu' es esta quinoa una yerva como bledos. Lleva unos granitos e vna espiga o dos o tres, que da en los cogollos que lleva.[...] Quezen estos granitos los yndios e comenlos. Es buen mantenimiento para ellos.

Dase en este valle algodón. Andan los yndios bien vestidos de lana de ovejas que tienen.

Ay minas de plata, cobre e de otros muchos metales. Ay yelso [yeso]. Ay turquesas muy finas.

Los árboles que ay en este valle son algarrobos e dan muy buen fruto y aprovechase d'el los naturales como tengo dicho. Ay chañares, ay c'alc'es. El traje de los yndios es como el de Atacama. Difieren en la lengua. Es gente dispuesta, velicosa; y ellas de buen parecer.

Lo ritios y cirimonias que tienen es adorar al sol como los de Atacama, poque lo tomaron de los yngas, quando d'ellos fueron conquistados. Hablan con el demonio los que mas por amigos se le dan. Y estos son tenidos de los demas. Creen y usan de las predestinac'iones que aquellos les dize.

8 G. De Vivar, *Crónica*, ed. cit., pág. 24.

9 G. De Vivar, *Crónica*, ed. cit., cap. X, pág. 25.

Su enterramiento es debajo de la tierra, no hondo. La mayor cantidad de la tierra está enc'ima hecha monton como pila de cal. Entierranse junto a vn sytio que les parec'e ser buena tierra, juntamente entierran consygo sus armas y ropas y joyas.

El casamiento d' estos yndios es que los señores tienen a diez y doze mugeres.

De fuera d' este valle en las sierras ay unos arboles estraños de ver, sin hoja.. Tienen espinas muy espesas del modo de agujas de ensalmar. Syrvense los yndios y yndias d' estas espinas. Tienen los pimpollos estos arboles como el muslo y el nac'imiento tan grueso como arriba. Parec'en gruesos c'irios. Son altos de diez palmos y más. Van puestas estas puas por sus linias. Es cosa admirable para quien no lo a visto. Dan vna flor amarilla y otros, blanca y muy grande. Proc'ede d' esta flor vna fruta tan gruesa como gruesos higos y dentro llena de pipitas negrillas como granos de mostaza, mezcladas con c'ierto licor a manera de miel. Quando maduran se abren vn poco y son gustosos. Lllamanle los yndio en su lengua neguey. D' estos arboles ay en toda esta tierra en las laderas e sierras. Crianse en los sedacales donde no rrec'iben ninguna agua.

Por la ac'equias d' este valle ay algunas yervas de nuestra España.<sup>10</sup>

El discurso descriptivo aparece enmarcado por la narración de acciones y dependiente de ella. La descripción está conformada por una serie de unidades que van sumando referencias a diferentes aspectos: ubicación geográfica, dimensiones territoriales, productos agrícolas, minerales, flora, habitantes y sus costumbres.

La representación del clima constituye otro momento discursivo narrativo-descriptivo en el siguiente fragmento:

Fue tan gran tormenta la que hizo aquel día y noche syguiente, que se contaron veynte y syete de mayo de mill y quinientos e quarenta e dos, prenc'ipio del ynvierno en esta gouernac'ion. Dezian los yndios naturales que no se acordavan aver visto tiempo tan rrezio, ni lo avian oydo a sus pasados.

Fue tanta el agua e viento tan rrezio, ya que c'erca de la c'iudad allegavan quando queria anohecer, que no basto el buen rrecavdo del general ni del maestro de campo, que en la escuridad y furioso ayre les arrebató un español, que nunca más, se pudo hallar biuo ni muerto. Y sy la c'iudad estuviera dos leguas más, perec'ieran la mayor parte de los españoles. Y con ser tan breue el camino perec'ieron algunos yndios.

Viendo el general el tenporal tan deshecho y en tormenta metido, se dio muy gran priesa con los que seguir le pudieron, y entro en la c'iudad con grave trabajo. Y como no trayan vestido, syno todos viejos, y con las armas no podian apearse de los cavallos, sy no les ayudaran, allegaron tan frios y elados, que para tornarlos en sy no bastava todo el rrefriserio que en la c'iudad avia, por ser poco.<sup>11</sup>

En la descripción de la ciudad de Santiago, Vivar hace gala de un verdadero deleite de los sentidos. Veamos:

Está la c'iudad de Santiago en vn hermoso y grande llano, como tengo dicho. Tiene a c'inco y seys leguas montes de muy buena madera, que son vnos arboles muy grandes que sacan muy buenas vigas.

<sup>10</sup> G. De Vivar, *Crónica*, ed. cit., cap. XVII, págs. 37-38.

<sup>11</sup> G. De Vivar, *Crónica*, ed. cit., cap. LIV, pág. 100.

E ay otros arboles que se llama "canela". Los españoles le pusieron este nombre a causa de quemar la corteza más que pimienta, mas no porque sea canela, porque es muy gorda. Es arbol crecido e derecho. Tiene la hoja ancha y larga, casi se parec'e como la del c'edro.

Ay arrayan. Ay sauzes y otro arbol que se dize molle, e no es muy grande. Tiene la hoja como granado, e lleva vn fruto tan grande como granos de pimienta. Lleva muy gran cantidad. D' esta fruta se haze un breuaje gustoso. Coc'iendo estos granos en agua muy bien se haze miel, que queda a manera de arrope. Suple esta miel la falta de la de avejas. Y la corteza d' este arbol cozido con agua es buena para hinchazones de piernas.<sup>12</sup>

Nombra, por lo menos, una decena de árboles más, indicando sus características, condiciones de producción y utilidad. En tales descripciones destaca su perspectiva orientada a sorprender la variedad y diferencia existente en la naturaleza, las diferentes características de acuerdo con la zona del territorio chileno, al cual hace referencia, y, por cierto, con la realidad española, tema que abordará al ocuparse de las yerbas que se dan en España o parecidas a ellas; las aves, enumeración de sabandijas, metales y salinas.

La descripción de la tierra chilena busca más la objetividad que el encomio enfático. Por ello, más que un discurso panegírico como el observado en Valdivia, la relación de Vivar está más cercana al discurso geográfico, en lo referente al conocimiento, comprensión de los fenómenos naturales y de su aplicación práctica.

Así como la obra de Vivar unifica dos tipos discursivos historiográfico: relación y crónica, la *Histórica relación del Reino de Chile* y de las misiones y ministerios que ejercita en él la Compañía de Jesús, del padre Alonso de Ovalle presenta diversidad de materias, cuyo eje central es el señalado en el título de la obra. Esa diversidad determina la existencia de variados tipos y estilos de discursos. Así, nos encontramos con momentos discursivos marcados por lo esencialmente descriptivo, en el panegírico de la tierra, discurso caracterizador de hombres y costumbres, narrativo de acciones, hechos heroicos y religiosos o de sucesos históricos. Sin embargo, toda esta variedad de asuntos y tipos discursivos se integra y llena de sentido en torno a una concepción religiosa, basada en el espíritu y acciones que ha desarrollado la Compañía de Jesús en Chile.

El padre Ovalle estructura su obra a lo largo de los ocho libros, de variado número de capítulos. En el prólogo ofrece estas diferentes materias correspondientes a cada libro para el interés del lector. Sin embargo, esta aparente separación de temas responden a una organización planificada de acuerdo con el propósito central de la obra que es "dar noticia de los ministerios de las almas en que se ocupa nuestra Compañía de Jesús en el Reino de Chile, pero como éste es el sujeto de estos empleos, no pude menos que hablar dél en primer lugar; y como de cosa tan desconocida, fue menester dar razón con alguna más extensión..."<sup>13</sup>

El predominio de lo religioso no sólo afecta a la estructura y divisiones de la obra, sino que también afecta a la perspectiva comprensiva e interpretativa que sustenta el

12 G. De Vivar, *Crónica*, ed. cit., cap. LXXXIX, pág.158.

13 A. De Ovalle, *Histórica*, ed. cit., Prologo al lector, pág. 5.

hablante frente al paisaje descrito. La comprensión de la totalidad de la obra, más allá del interés de uno u otro libro o capítulo, debe enfocarse a la comprensión de la época barroca a la cual pertenece el autor y su obra.

Nos detendremos, en relación con la manifestación de los sentidos, en el Libro I que trata de la naturaleza y propiedades del reino de Chile. En sus 23 capítulos el hablante hace el panegírico de la tierra chilena, lugar ideal por la abundancia de todo género de sustento para el desarrollo de la vida, pero sobre todo porque desde su perspectiva religiosa es un lugar elegido por Dios para manifestar su hermosura y grandeza.

A la hora de seleccionar un texto de los muchos que brinda el Padre Ovalle sobre la naturaleza chilena, es imposible sustraerse a la visión de la belleza que recrea en el capítulo V, llamado: De la famosa cordillera de Chile.

La cordillera de Chile, que podemos llamar maravilla de la naturaleza, y sin segunda, porque no sé que haya en el mundo cosa que se le parezca, son unos altos montes que corren de norte a sur, desde la provincia de Quito y el Nuevo Reino de Granada, hasta el de Chile, mil leguas castellanas...<sup>14</sup>

Lo primero que destaca en ella es la altura:

Esta es tan grande que gastamos tres o cuatro días en la subida a la cumbre más alta y otros tantos en la bajada; esto es hablando de lo que llamamos cordillera, que si tomamos la corrida de más atrás, podemos decir con verdad que comenzamos a subir desde la orilla del mar, que dista hasta su pie más de cuarenta leguas, porque toda la distancia intermedia es como una prolongada y extendida ladera, a cuya causa corren los ríos con gran furia, que algunos parecen canales de molino, particularmente mientras más vecinos a su nacimiento; y cuando se llega a montar lo último y más empinado de la punta, experimentamos un aire tan sutil y delicado, que apenas, y con dificultad, basta para la respiración, lo cual obliga a respirar más apriesa y con más fuerza, abriendo la boca más de lo ordinario, como quien va acezando, y aplicamos a ella lo pañizuelos, o para dar más cuerpo al aire o para templar su demasiada frialdad y proporcionarle al temperamento que pide el corazón para no ahogarse. Así lo he experimentado todas las veces que he pasado esta altísima sierra.<sup>15</sup>

Desde la experiencia vivida e interpretación personal, el Padre Ovalle establece la diferencia entre el cielo y la tierra, entre la luz y la sombra, con un lenguaje que es todo luz y deleite de los sentidos y gratitud hacia el "Criador". La ascensión a esas alturas, se convierte, además, en una experiencia mística.

Otros experimentan otras cosas, que varias veces les he oído contar, porque las exhalaciones y demás meteorológicas impresiones que de acá de la tierra vemos tan levantadas en el aire, que algunas veces las juzgamos estrellas, se ven allí por entre los pies de las mulas, espantándolas y chamuscándole las orejas. Vamos por aquellos montes pisando nubes, y los que tal vez andando por la tierra la vemos sin que se nos atraviere cosa que nos impida su vista, y levantando los ojos al cielo, no le vemos, por impedirle las nubes de que está cubierto, al contrario, hallándonos en esta altura se nos cubre la tierra, sin que podamos

<sup>14</sup> A. De Ovalle, *Histórica*, ed. cit., Libro I, cap. V, pág. 30

<sup>15</sup> A. De Ovalle, *Histórica*, ed. cit., págs. 30-31.



divisarla, y se nos muestra el cielo despejado y hermoso, el sol claro y resplandeciente, sin estorbo ninguno que nos impida la vista de su luz y belleza.

El arco iris que se ve desde la tierra atravesar el cielo, le vemos desde estas cumbres tendido por el suelo, escabelo de nuestros pies, cuando los que están en él le contemplan sobre sus cabezas; ni es menos de maravillar que vamos pisando aquellas peñas enjutas y secas al mismo tiempo que se desgajan las nubes de agua y inundan la tierra, como lo he visto muchas veces que, tendiendo la vista hacia abajo, miraba que llovía con gran fuerza, y al mismo tiempo que estaba contemplando de lejos tempestades deshechas y copiosos aguaceros en la profundidad de los valles y quebradas, levantando los ojos al cielo, admiraba la serenidad que en todo él se vía, sin una nube que turbase el aire ni pudiese impedir su hermosa vista. [...] lo que he visto muchas veces es que cuando, después de algún buen aguacero que suele durar dos y tres y más días, se descubre esta cordillera ( porque todo el tiempo que dura el agua está cubierta de nublados), aparece toda blanca desde su pie hasta las puntas de los primeros y anteriores montes que están delante, y causa una hermosísima vista, porque es el aire de aquel cielo tan puro y limpio que, pasando el temporal, aunque sea en lo más riguroso del invierno lo despeja de manera que no parece en él una nube ni se ve en muchos días; y entonces, rayando el sol en aquella inmensidad de nieves y en aquellas empinadas laderas y blancos costados y cuchillas de tan dilatadas sierras, hacen una vista que aun a los que nacemos allí y estamos acostumbrados a ella, nos admira y da motivos de alabanza al Criador que tal belleza pudo criar.<sup>16</sup>

La descripción de la cordillera eleva la comprensión del paisaje al ámbito poético, en la medida que abre el discurso a la interioridad del hablante, asombrado y conmovido por la belleza de una naturaleza que quizás tenga más fuerza porque se recuerda, con la nostalgia provocada por la distancia en que se encuentra este sacerdote jesuita, de su tierra chilena.

El poema épico *La Araucana*, por su formación poética y tipo discursivo épico, no se incluye entre las formaciones literarias historiográficas anteriores, pero, en atención a que aborda el tema del descubrimiento y conquista y desarrolla algunos momentos discursivos en los que aprecia la percepción de la realidad, desde su particular visión, nos parece importante destacarlo<sup>17</sup>.

Uno de los problemas que ha abordado la crítica de Ercilla y de su obra es la ausencia de descripción del paisaje chileno. Cabe tal crítica si se parte de la comprensión del poema como una crónica rimada. No olvidemos que el poema responde al modelo renacentista en su forma externa, pero esa misma forma se rompe para dar paso al momento rupturista del momento manierista.

La crítica surge del carácter verista de la obra y las reiteradas declaraciones del narrador en el sentido de asegurar la verdad, "cortada a su medida", como la carta de presentación que avala la historia contada, cuya fuente de información es la experiencia directa del narrador en los hechos narrados. "...prosiguiendo adelante, yo me obligo / que irá la historia más autorizada; / podré discurrir como testigo / que fui presente a toda la jornada, sin cegarme pasión, de la cual huyo, / ni quitar a ninguno lo que es suyo"<sup>18</sup>.

16 A. De Ovalle, *Histórica*, ed. cit., Libro I, cap. V, pág. 32.

17 W. Mignolo, *Cartas*, ed. cit., págs.98-99.

18 A. De Ercilla, *La Araucana*, ed. cit., Canto XII, pág. 374 (Tomo I).

En el texto destaca la presencia de Ercilla a quien consideramos figura esencial en el poema, no tanto como personaje o testigo de los hechos, sino como narrador. Es la dimensión de sujeto configurador del mundo la que, a nuestro juicio, ofrece la mayor riqueza comprensiva, interpretativa y valorativa del mundo narrado.

El asunto del poema tiene como referencia la grandeza del Imperio español y las acciones heroicas caracterizadoras del momento histórico que refiere.

La interpretación de los hechos narrados muestra la perspectiva ética del hablante que entiende las carencias morales de los hombres como las causantes de la alteración y trastocación de la realidad. Así, la guerra de Arauco se desencadenará a causa de la codicia de los españoles, representada en la figura de Pedro de Valdivia. La soberbia, la ira, el desacato a la autoridad y a los ancianos, la crueldad en la guerra, carente de sentido de justicia y de clemencia, mostrará una realidad cada vez más carente de heroicidad, en definitiva, más tocada de lo humano.

Así la historia irá modificándose en su desarrollo, con frecuentes observaciones y justificaciones por parte del narrador, consciente de su andar azaroso, de haber perdido el camino inicial, quien dirá al final del canto XXXVI: “¿Qué hago, en qué me ocupo fatigando / la trabajada mente y los sentidos, / por las regiones últimas buscando / guerras de ignotos indios escondidos, / y voy aquí en las armas tropezando, / sintiendo retumbar en los oídos / un áspero rumor y son de guerra y abrasarse en furor toda la tierra?”<sup>19</sup>

Sabemos que lo que afecta al poeta es la guerra inminente entre España y Portugal. Hasta este momento, desde su perspectiva ética, el narrador participaba y justificaba el desarrollo de la guerra contra los infieles, pero esta se le aparece como una guerra fratricida, sin justificación alguna.

A lo largo de los treinta y siete cantos, encontramos muchos indicios del cambio progresivo que experimenta el narrador frente a variadas acciones bélicas que sobresalen por su excesiva crueldad. El escenario épico que inicialmente marcaba el momento de gloria para los hombres y sus acciones, se va transformando en un espacio enrojecido por la sangre derramada, de violencia, ferocidad, inmisericordia, en imágenes horribles, carentes de toda gloria. Hacia el final del poema se hace evidente el proceso de deterioro que alcanza al mundo imperial y al narrador, quien siente que los principios que sustentaron ese mundo han sido transgredidos, vulnerados, que su vida no ha llegado al puerto deseado y es necesario poner fin a su canto:

Y pues del fin y término postrero / no puede andar muy lejos ya mi nave / y el temido y dudoso paradero / el más sabio piloto no le sabe, / considerando el corto plazo quiero / acabar de vivir antes que acabe / el curso incierto de la incierta vida, / tantos años errada y distraída.<sup>20</sup>

Conocer y comprender la descripción y sentimiento que provoca en Ercilla la apreciación del paisaje chileno, no puede comprenderse sin el alcance que hemos hecho a la relevancia de la comprensión del narrador en el poema.

19 A. De Ercilla, *La Araucana*, ed. cit., cap. XXXVI, pág. 390. (Tomo II).

20 A. De Ercilla, *La Araucana*, ed. cit., canto XXXVII, pág.410 (Tomo II)

Ercilla, como soldado en territorio chileno participa en varias acciones relacionadas con guardia, con el reconocimiento del territorio y variadas misiones propias de la guerra.

El Canto XXXV da cuenta del territorio que deben cruzar, en el extremo sur de Chile: "Pasamos adelante, descubriendo / siempre más arcabucos y breñales, / la cerrada espesura y paso abriendo / con hachas, con machetes y destrales; / otros con pico y azadón rompiendo / las peñas y arraigados matorrales, / do el caballo hostigado y receloso / afirmase seguro el pie medroso." [...] "También el cielo en contra conjurado, / la escasa y turbia luz nos encubría / de espesas nubes lóbregas cerrado, / volviendo en tenebrosa noche el día, / y de granizo y tempestad cargado / con tal furor el paso defendía, que era mayor del cielo ya la guerra / que el trabajo y peligro de la tierra"<sup>21</sup>. La lucha de los españoles en contra de la naturaleza dura más de siete días en que: "...perdidos anduvimos / abriendo a hierro el impedido paso, / que en todo aquel discurso no tuvimos / do poder reclinar el cuerpo laso; / al fin una mañana descubrimos / de Ancud el espacioso y fértil raso / y al pie del monte y áspera ladera un estendido lago y gran ribera"<sup>22</sup>.

El descubrimiento del archipiélago dará lugar a expresiones de júbilo y gratitud por la belleza incomparable del lugar y por el sentimiento de resucitar despertar de los sufrimientos pasados. En este lugar, caracterizado por el tópico del locus amoenus y de la tierra de la abundancia, bajan a la ribera donde hallan "...la frutilla coronada / que produce la murta virtuosa; / y aunque agreste, montés, no sazónada, / fue a tan buena sazón y tan sabrosa, / que el celeste maná y ollas de Egipto / no movieran mejor nuestro apetito"<sup>23</sup>. Pero el banquete de frutillas de los españoles será superado, en el canto siguiente, por el encuentro con los naturales. La generosa acogida de los indígenas, que les permite saciar sus necesidades, motiva una reflexión en el hablante, en la que expresa su desilusión, al contrastar esta vida natural e idílica con las acciones desarrolladas por los soldados.

La sincera bondad y la caricia / de la sencilla gente destas tierras / daban bien a entender que la cudicia / aún no había penetrado aquellas sierras; / ni la maldad, el robo, la injusticia / (alimento ordinario de las guerras) / entrada en esta parte habían hallado / ni la ley natural inficionado. / Pero luego nosotros, destruyendo, todo lo que tocamos de pasada, / con la usada insolencia el paso abriendo / les dimos lugar ancho y ancha entrada; y la antigua costumbre corrompiendo, / de los nuevos insultos estragada, / plantó aquí la cudicia su estandarte / con más seguridad que en otra parte"<sup>24</sup>.

En el siguiente canto, el poeta, superado por la realidad decadente y por sus propias limitaciones, dirá que es hora de que lllore y que no cante.

A partir de los textos comentados, sentimos las resonancias del pasado y al decir "resonancia", es que entendemos que en su momento, esa realidad histórica que origina estos discursos, produjo una vibración, un sonido que hoy sabemos no se perdió en el tiempo.

21 A. De Ercilla, *La Araucana*, ed. cit., pág. 373 (Tomo II)

22 A. De Ercilla, *La Araucana*, ed. cit., pág. 375.

23 A. De Ercilla, *La Araucana*, ed. cit., pág. 376.

24 A. De Ercilla, *La Araucana*, ed. cit., canto XXXVI, págs. 381-382.

Dispuestos a recordar esas voces, es decir, a volver a ponerlas en el corazón, sentimos que nos dejan un mensaje y generan una reflexión sobre la condición humana.

Comprendemos que lo inherente al hombre es sufrir trabajos, como diría Valdivia; conocer y adecuarse a la realidad que ha elegido y le corresponde vivir, como Vivar; buscar la luz en las alturas, permitiendo que esa luz irradie en su ser y, reflexionar profundamente, buscando la verdad, la de cada cual, como hace Ercilla.